

SOBRE LAS AFINIDADES Y LAS DIFERENCIAS
EXISTENTES ENTRE LA HISTORIA
Y LA POLITICA

... SON MUCHOS quienes niegan del modo más rotundo que los consejos de la historia puedan o deban ser tenidos en cuenta para la ordenación de los estados. Pues, ¿acaso la historia —se dice—, cuya misión consiste en transmitirnos el conocimiento de los tiempos pasados, tiene algo que ver con el mejoramiento de los estados presentes? No, añaden quienes así razonan, la creación o el mejoramiento de las constituciones de los estados reclama una ciencia totalmente distinta. La historia viene a disculpar, en cierto modo, los males ya arraigados al poner de manifiesto sus orígenes, pero la curación de estos males hay que ir a buscarla a los preceptos de una nueva ciencia, nacida en nuestros días: la política. La humanidad —sigue razonándose— progresa incesantemente, y lo que hay que preguntarse no es lo que otros hicieron en su tiempo, sino lo que nosotros tenemos que hacer hoy. Quien no se atreve a confiar en sus propias fuerzas, a marchar por caminos nuevos, aún no pisados, hacia la conquista de cosas nuevas y mejores, acabará viendo en las relaciones humanas la triste imagen de las aguas estancadas o de los pantanos contaminados, en vez de ver en ellas la estampa alegre y optimista del río cantarrino.

Hay que reconocer, en efecto, pues es innegable, que el recurrir a los consejos de la historia para gobernar a los estados presenta grandes dificultades, no sólo por las razones que pueden aducirse y que citábamos, sino principalmente porque la historia jamás nos transmite preceptos tan seguros, que nadie pueda dudar de su verdad. ¿Acaso no se ha abierto paso a la misma historia ese acucioso afán de innovaciones? Ha habido y surgen todos los días escritores que sólo buscan y encuentran en la historia aquello que encaja dentro de sus propias doctrinas políticas. Vemos reflejarse con no menor violencia en los relatos y en la indagación de los acontecimientos las mismas discrepancias de opiniones que desgarran a los estados en parcialidades y banderías. Los historiadores se enzarzan en disputas sobre la naturaleza y el carácter de la Edad Media, sobre los usos y costumbres primitivos de las naciones germánicas, sobre las virtudes de los hombres famosos de la antigüedad, sobre los orígenes y el punto de partida del género humano. La historia, lejos de mejorar la política, suele ser echada a perder por ésta.

¿Qué debemos, pues, pensar? Será verdad lo que dicen algunos, a saber: que en la ciencia humana sólo existe lo que puede darse por absolutamente seguro y cierto? ¿Conocemos los acontecimientos antiguos y su historia, o no los conocemos? ¿Nos es dado llegar a penetrar con exactitud en su naturaleza y en su esencia, o estamos condenados a ignorarlos por toda la eternidad?

¿No es posible acaso descubrir ningún criterio que nos sirva para distinguir

los estados buenos de los malos, la organización de Tarento de la de Roma, para discernir entre la virtud y el vicio? Sería horrible, si así fuera: el hombre descendería al reino animal y todo, en su vida, quedaría entregado al capricho del ciego azar. No, nadie podrá negar que la naturaleza y la providencia divina de consuno nos permiten ahondar en las causas de la dicha y el infortunio y distinguir entre las leyes buenas y las costumbres malas. Nadie afirmará que estemos condenados a una ceguera y a un ensombrecimiento de la inteligencia tan grandes como para ser totalmente incapaces de conocer lo que caracteriza a nuestra época y la distingue de otras.

Yo, por lo menos, no acierto a creer que nadie que piense cuerdamente se atreva a sostener que el conocimiento del pasado no sirva para ser aplicado con provecho al presente y al porvenir, es decir, que no exista ninguna estrecha relación, ninguna afinidad entre la historia y la política. No cabe duda de que existe. Lo único que puede discutirse es qué clase de relación sea. Tal vez estemos ante un problema que no pueda plantearse, en los días que vivimos, sin exponerse al peligro de tropezar con los obstáculos opuestos por la ignorancia. Pero, no importa. Si no estoy muy equivocado, es tan necesario y tan útil su planteamiento, que no vacilo en abordarlo, a pesar de todos sus peligros. Vamos a examinar, pues, las relaciones de afinidad existentes entre la historia y la política y a esforzarnos en señalar cuáles son los linderos entre estas dos ciencias, sus puntos de contacto y las diferencias que las separan.

Partiremos para ello de la historia, por ser la parte más conocida de las dos. Y empezaremos afirmando que su misión no consiste tanto en reunir y acoplar hechos como en comprenderlos. Y empezaremos afirmando que su misión no consiste tanto en reunir y acoplar hechos como en comprenderlos y explicarlos. La historia no es, como algunos piensan, obra de la memoria exclusivamente, sino que requiere ante todo agudeza y claridad de inteligencia. No lo pondrá en duda quien se dé cuenta de cuán difícil es distinguir lo verdadero de lo falso y escoger entre muchas referencias la que pueda ser considerada como la mejor, o quien conozca aunque sólo sea de oídas aquella parte de la crítica que tiene su asiento en los aledaños de la historiografía.

Y, sin embargo, debemos reconocer que no es ésta más que una parte de la misión del historiador. Otra, más grandiosa aún e incomparablemente más difícil, es la que consiste en observar las causas de los sucesos y sus premisas, así como sus resultados y sus efectos, en discernir claramente los planes de los hombres, los extravíos con que los unos fracasan y la habilidad y la sabiduría con que los otros triunfan y se imponen, en conocer por qué unos se hunden y otros vencen, por qué unos estados se fortalecen y otros se acaban; en una palabra, en comprender a fondo y con la misma minuciosidad las causas ocultas de los acontecimientos y sus manifestaciones exteriores.

Eso es precisamente lo que la historia se propone, a eso es, principalmente, a lo que tiende. Ocurre con la historia exactamente lo mismo que con la ciencia de la

naturaleza, que no se contenta con estudiar cuidadosamente las formas de los seres naturales, sino que aspira a algo más alto, a conocer las leyes eternas por las que se rigen el universo y las diversas partes que lo forman y a remontarse a la fuente interior de la naturaleza de la que todo brota: por mucho que la historia se esfuerce en desplegar la sucesión de los acontecimientos con la mayor claridad y precisión posibles, restituyendo a cada uno de ellos su color y su forma primitivos, y aunque conceda a esto el máximo valor, no se detiene sin embargo aquí, sino que sigue avanzando hasta la investigación de los mismos comienzos y procura penetrar en las más íntimas palpitaciones de la vida de la humanidad.

Algunos creen poder remontarse a tales alturas como en un vuelo, pero se engañan y, no pocas veces, abrazando a una nube cuando creen tener en sus brazos a la diosa Juno, nos ofrecen fórmulas y soplos vacuos a título de verdad. Otros, en cambio, conscientes por un oscuro presentimiento de la precariedad de sus opiniones, van a refugiarse a los campos de la filosofía o la teología y acoplan a estas doctrinas sus escritos históricos. Pero, porque ellos incurran en estos yerros no hay que pensar que el fin que se han propuesto no exista en el mundo. Estos historiadores no alcanzan la meta de lo que es la historia, pero la meta existe. No logran la palma de la victoria, pero aparecerá un día el que, para decirlo con las palabras de Horacio, retorne a la patria empuñando con un sentimiento de dicha celestial el trofeo conquistado en Elis. Sin embargo, éstos marcharán y llegarán a la meta, si no nos equivocamos, por un camino muy distinto del que aquéllos siguieran.

En efecto, como la historia, por su misma naturaleza, se ve obligada a rechazar todo lo que sean invenciones de la fantasía o sombras fantasmales, para admitir solamente lo absolutamente seguro y cierto, necesita tanto de la mesura como de la audacia de espíritu, el cual deberá, por una parte, investigar el detalle con el mayor cuidado y procurando rehuir concienzudamente los errores, pero sin que, por otra parte, se disipe en la variedad multiforme de las cosas y pierda de vista la meta final, de la que jamás debe apartar el ojo.

Y, aunque este método veda rigurosamente tratar de abarcarlo todo de primera intención, ofrece al historiador, en cada lugar, gozo y deleite infinitos. ¿Qué puede haber más agradable y más grato para el espíritu humano que penetrar en la médula misma, en el más profundo secreto de los acontecimientos y observar en este o en el otro pueblo cómo se sientan los fundamentos de las cosas humanas, cómo nacen, crecen y prosperan las fuerzas de la historia? Y no digamos, cuando se logra, poco a poco, intuir con segura confianza en uno mismo o incluso llegar a conocer perfectamente, gracias a la sagacidad de la mirada, aguzada a fuerza de ver, hacia dónde marcha la humanidad en cada una de sus épocas, a qué aspira, qué es lo que logra y alcanza en realidad. ¿No es esto, en cierto modo, una parte de la sabiduría divina? En ella, precisamente pretendemos penetrar con ayuda de la historia, y esta ambición es la que constituye el norte de las aspiraciones de la ciencia histórica. A nadie se le ocurriría preguntarse si esto es o no útil. Basta con saber

que ninguna otra clase de sabiduría puede contribuir tanto como ésta a la perfección del espíritu humano.

«Veamos ahora lo que se refiere a la política. No cabe duda de que ésta, sea arte o ciencia, consiste en la gobernación de los estados, razón por la cual debemos decir algo acerca de los mismos. En los estados se acusa por modo excelente, si no me equivoco, esa continuidad de la vida que atribuimos a la especie humana. Los hombres mueren y las épocas suceden las unas a las otras; los estados, en cambio, cuya duración de vida excede con mucho a la de los individuos mortales, gozan de una dilatada y uniforme existencia. Ahí tenemos el ejemplo de Venecia. Desde que esta ciudad fué fundada en las lagunas del Mar Adriático, la vemos perseverar por el mismo camino a lo largo de un milenio, desposarse con el mar, intentar, ora por la astucia, ora por la violencia, la conquista de los países limítrofes, crear un poder secreto dentro del estado, favorecer al pueblo, oprimir a la nobleza, crecer, fortalecerse, florecer, decaer poco a poco y, por fin, desaparecer, de tal modo que quien repasa la historia de Venecia se imagina que está recorriendo y contemplando la misma duración y sucesión maravillosas de una vida humana a través de sus diversas edades.»

El historiador romano Floro distingue, bastante hábilmente, diferentes edades en el estado romano. Claro está que, con el tiempo, también los estados sucumben y mueren; no sólo aquellos que se ven obligados a someterse a la ley y a la soberanía de un vencedor, sino también —cosa más sorprendente— los que salen vencedores e imponen su yugo a otros. Así, el estado romano no pudo mantener su vieja fisonomía de estado-ciudad ni su estructura propia desde que la ciudad de Roma empezó a dominar y gobernar el mundo. Quiere, en efecto, la naturaleza de las cosas humanas que la parte más vigorosa, ya salga vencedora o se vea obligada a abandonar el campo, vencida, vaya imponiéndose poco a poco y acabe destruyendo la peculiar fisonomía de la parte menos fuerte. Y esto precisamente es lo que hace que la vida no se destruya por completo, que siga discurriendo, aunque sea por canales distintos. Parece extinguirse, pero no es así: lo que hace es incorporarse a una comunidad más perfecta y fundirse con ella, engendrando de ese modo una nueva vida y una serie distinta de acontecimientos íntimamente relacionada con la vida anterior y retroactivamente enlazada a ella.

Ahora bien, si nos preguntamos qué es lo que de este modo da vida a un estado, vemos que ocurre aquí como en el hombre cuya vida se encierra en su espíritu y en su cuerpo, pero de tal modo que del espíritu, como de la parte más importante, depende todo lo demás. Y aunque no nos sea dado sacar a la luz lo recóndito, poner al desnudo y señalar con nombres adecuados el alma y sus funciones, la fuente y el río de la vida, sí podemos observar lo que aparece ante nuestros ojos y descubrir a la luz de ello, por medio de la reflexión, los misterios de las causas más remotas. El espíritu no puede ser tocado con las manos ni contemplado por los ojos: hay que conocerlo por sus efectos y sus resultados. Muy necios tendríamos que ser para pensar que a Dios se le puede ver con los ojos de la cara.

Y, sin embargo, a nadie se le ocurrirá dudar de que existe y de que todo nace y emana de su existencia.

Llegamos así a lo que nos habíamos propuesto demostrar. Vemos cómo los estados y los pueblos, ya se muevan dentro de marcos amplios o estrechos, viven y florecen siempre con arreglo a sus propias costumbres, las cuales no suelen compartir con otros pueblos, con arreglo a sus leyes peculiares y a tono con sus propias y especiales instituciones. Es evidente, pues, que cada uno de ellos tiene su carácter propio y específico, distinto del de los demás, y una vida peculiar, producto de todo lo que ese pueblo posee y hace. Y, siendo así, no es difícil comprender cuáles son el deber y la misión de quienes gobiernan los estados.

«¿Podrán gobernar bien un estado, cumplir bien con su misión de gobernantes, quienes, presos de los prejuicios que ciertas opiniones tentadoras imponen a su espíritu, tienden a considerar como anticuado y ya inaplicable todo lo anterior, lo desprecian y tratan de dejarlo a un lado por inútil, se colocan de espaldas por sistema ante las formas y las leyes consagradas por la tradición para dejarse llevar solamente de lo nuevo y tratan, en una palabra, de transformar un estado que no conocen? A mí me parece que tales gobernantes no pueden cumplir con su deber que más bien son aptos para demoler que para construir.»

Escuchemos a un hombre muy experimentado en la vida política. "Todo pueblo —dice Cicerón—, toda comunidad instituida por el pueblo, todo estado, que es cosa del pueblo, tiene, si quiere permanecer, que ser gobernado con arreglo a un determinado plan". De suyo se comprende hasta qué punto este criterio coincide con el nuestro. La vida, por ley de la naturaleza, huye siempre de la muerte y aspira a su propia conservación. Por eso, tenemos que considerar como el *summum* de la sabiduría política el que quienes tienen como misión regentar los cargos públicos y gobernar esta o aquella parte del estado cuiden de éste, lo conserven y laboren día tras día para su fortalecimiento y perfección. Y el propio Cicerón nos dice, en el mismo pasaje, lo que para ello tienen que hacer: "Este plan debe remontarse siempre a la causa fundamental a que debe su nacimiento el estado". En esta causa fundamental residen, en efecto, la fuente y el origen de esa vida interior de que hablamos. Y así como el timonel de un barco debe conocer la diferencia que existe entre un buque de guerra y una nave de carga, no deberá empuñar el timón de un estado nadie que no conozca a la perfección, no ya las condiciones del mar por el que navega, sino sobre todo la naturaleza del estado que rige; quien la ignore, lo mejor que puede hacer es soltar el gobernalle, para que lo empuñe otro. De continuar en su puesto, sólo conseguirá, cualesquiera que sean sus designios, destruir las instituciones por cuya conservación tiene que velar, enarrecer y hacer irrespirable el aire en que el estado ha de vivir. (Más aún, y con ello creemos expresar claramente nuestro pensamiento: para descollar en política es necesario hallarse íntimamente compenetrado, hermanado, con la esencia misma del estado que se gobierna.)

Hasta aquí, hemos examinado separadamente las funciones de la historia y

de la política, los linderos que separan entre sí a estos dos campos de estudio. Sentado esto, no será difícil llegar a establecer qué relaciones existen entre ambos, cuáles son sus afinidades y sus diferencias.

En primer lugar, es evidente que ambos tienen un fundamento común. En efecto, no existiendo como no existe más política que la que se basa en el conocimiento perfecto y minucioso del estado que se trata de gobernar —el cual conocimiento sería inconcebible sin el de lo acaecido en épocas anteriores— y siendo precisamente la historia la ciencia que ofrece o, por lo menos, aspira a ofrecer ese conocimiento, es evidente que exista entre ambas actividades, en este punto, la más estrecha afinidad. No es que pretendamos nosotros sostener que la política exija un conocimiento perfecto de la historia, pues la inteligencia humana se halla dotada, a veces, de un sentido de sagacidad que le permite penetrar en la naturaleza de las cosas como por inspiración divina. Ni es tampoco nuestro propósito preconizar un método especial de educación para los hombres llamados a gobernar los estados.

Lo que aquí hacemos es investigar la esencia de las cosas, sin preocuparnos de que una cultura cuidadosamente adquirida o una especie de profética intuición puedan ser caminos más adecuados para escalar aquella altura a que nos referimos. Y así, nos damos cuenta de que la misión de la historia consiste en poner de manifiesto y hacer comprender la naturaleza del estado a la luz de los acaecimientos del pasado, y la de la política en desarrollarla y perfeccionarla, después de conocerla y comprenderla bien. El conocimiento del pasado es siempre imperfecto sin el del presente; del mismo modo que es imposible entender bien el presente sin conocer el pasado. Una y otra cosa se dan la mano, sin que ninguna de las dos pueda existir, o por lo menos llegar a ser perfecta, sin la otra.

No se crea, sin embargo, que yo soy de los que piensan que no puede haber nada nuevo bajo el sol. Sabemos por experiencia que, por ser la naturaleza humana propensa al error, las cosas humanas tienden fácilmente a empeorar y no a mejorar. Vemos que, para que la vida progrese y se mantenga constantemente en marcha, es necesario abordar diariamente empresas nuevas y tienen que producirse, de vez en cuando, tormentas y conmociones. La sabiduría política, a nuestro modo de ver, no consiste tanto en mantener las cosas tal y cómo están, sino más bien en hacer que crezcan y marchen hacia adelante. La humanidad dista todavía mucho, muchísimo, de haber llegado a la perfección. Y si el hombre no siguiera aspirando a llegar a esa suprema cumbre, podríamos decir que la historia había alcanzado ya su último límite y su eterna meta final.

Tales son las afinidades y las diferencias entre la historia y la política, tal como nosotros las concebimos. Ambas encierran a la par una ciencia y un arte. Como ciencias, guardan entre sí la más íntima relación, pero de tal modo que la una versa más bien sobre el pasado y la otra recae preferentemente sobre el presente y el porvenir. Mucho mayores son las diferencias que las separan, consideradas como artes. La historia forma parte de la literatura, pues su misión con-

siste en hacer ver de nuevo cómo ocurrieron los sucesos y cómo eran los hombres del pasado, guardando el recuerdo de ello para todos los tiempos. La política, en cambio, es en todo y por todo acción, ya que aspira a mantener a los hombres unidos por medio de los nexos del estado, a preservar la paz entre ellos mediante la sabiduría de las leyes, a enlazarlos entre sí por obra de la obediencia libre, en una palabra, a hacer que se comporten bien y rectamente, lo mismo en la vida pública que en la vida privada. Entre la historia y la política media casi la misma diferencia que entre la filosofía teoría y la filosofía práctica: la primera recae sobre la escuela, sobre el hombre desinteresado, ajeno a los negocios, la segunda sobre el foro, sobre las disensiones y los litigios públicos; la una se practica en la sombra, la otra se ejerce más bien a la luz del día; aquella se contenta con conservar, ésta no sólo conserva, sino que además crea algo nuevo.

Me parece escuchar voces que me dicen, a título de objeción, que hay aspectos de la política que nada tienen que ver con la historia, sin embargo de lo cual revisten una importancia muy grande; en ella se discuten las leyes naturales de los estados, no sólo el trato que debe darse a la agricultura y a la riqueza forestal, sino también el mejor modo de ganar y gastar el dinero, la administración de las ciudades y de la justicia, la elaboración y la aplicación de las leyes. Nada más lejos de nuestro ánimo que desdeñar una ciencia como ésta, tan rica en agudeza, en verdad y en utilidad. Antes bien, la reputamos como una ciencia tan necesaria para el estado como la medicina para el hombre. También la sociedad humana tiene, en cierto modo, su cuerpo. La economía del estado nos enseña cómo funcionan y se hallan enlazados entre sí los miembros de este organismo, pone ante nuestra vista sus arterias y sus venas, los lugares en que se encuentran el oxígeno y la sangre, nos indica cómo debe mantenerse la salud del organismo del estado y cómo deben curarse o prevenirse sus enfermedades. Y su importancia es tanto mayor cuanto que el descuido de sus enseñanzas acarrea perjuicios, a veces funestos, no sólo para uno, sino para todos.

Pero esto no menoscaba en lo más mínimo nuestras anteriores observaciones. En primer lugar, el historiador necesita tanto como el político conocer al dedillo estas cosas, ya que de la salud o las enfermedades del estado toman origen no pocas veces los acontecimientos que él está llamado a investigar. Y, en segundo lugar —y esto es lo más importante— esa ciencia no posee el prestigio y la importancia necesario para que pueda hacerse depender de ella toda acción política. Pues, así como el hombre fuerte y sano, aunque siga las prescripciones médicas, no se deja llevar de ellas con una obediencia tan grande que someta toda su vida a las órdenes del médico, con la misma docilidad que el hombre enfermo, los estados sanos y sabios procuran guardar las leyes de la economía del estado y las cumplen tácitamente, pero sin acatarlas tan ciegamente que no sepan hacer otra cosa que seguirlas al pie de la letra y obedecerlas de un modo servil. Existen para ellos leyes de importancia superior, puntos de vista más altos y más grandiosos, que responden a los impulsos de la vida interior, que se apoyan en el espíritu y el

corazón, en una palabra, que hacen al hombre copartícipe de la libertad divina.

Y, al llegar aquí, nos sale al paso otra diferencia entre estas dos disciplinas tan íntimamente relacionadas entre sí. La historia es, por naturaleza, universal. No puede negarse que existen historiadores que consagran todos sus afanes a su patria chica, a su estado, que se limitan a iluminar con sus estudios un rincón oscuro del planeta. Pero, al obrar así, lo hacen movidos más bien por una cierta predilección, por un impulso piadoso o por una inclinación, de suyo muy digna de elogio, a laborar afanosamente, por aquel afán de conocimiento que caracteriza a la ciencia y que, sustentándose sobre la convicción de que nada humano le es ajeno, tiende a abarcar la órbita entera de todos los siglos y de todos los reinos.

No ocurre así, ni mucho menos, con la política, la cual versa siempre sobre un estado concreto, se ejerce en provecho de éste y, por tanto, depende necesariamente de su propia naturaleza y se circunscribe dentro de determinados límites. Nadie podría ser tan ambicioso como para proponerse gobernar todos los estados de la tierra. Quien sea capaz de regir uno solo, puede darse por satisfecho. Son incontables quienes se proponen empuñar el timón de la nave de un estado y contadísimos los que no se ven obligados en seguida a soltar las riendas del gobierno. Y es que este arte requiere como ningún otro la sagacidad de espíritu y la fuerza de genio hechas para descubrir las cosas y penetrar en ellas por medio del pensamiento, a la par que una gran valentía de alma, y es, si no me equivoco, la más difícil de todas las artes.

Por donde volvemos a nuestro punto de partida. Los filósofos del siglo pasado no estaban en lo cierto cuando trataban de cavilar una doctrina universal apta para gobernarlo todo. Por este camino se rehuye el esfuerzo tenaz de los estudios llamados a conocer los detalles de las cosas; sentían aquellos filósofos tal asco de la innegable corrupción de las cosas públicas hacia la que, de largo tiempo atrás, se habían ido deslizado muchos estados, que soñaban con poder transformarlo todo a la luz de un arquetipo universal de estado y proponiendo las mismas leyes y una forma de estado común para los más diversos pueblos.

Se explica que, obsesionados por esta idea, intentasen rehacerlo todo y llegasen a considerar como la más importante y meritoria de las empresas relajar, atacar y destruir las instituciones heredadas del pasado, pronosticando que de ello saldría el comienzo de una era de dicha universal, el retorno de la humanidad a la edad de oro. Pero, pronto habían de darse cuenta ellos mismos de que el hombre no puede impunemente echar a rodar ni convertir en pasto de discordias y disensiones los elementos y rudimentos de las cosas sobre que se cimenta la sociedad humana; pronto había de enseñarles la realidad que cada estado tiene sus características propias y peculiares, las cuales es posible, tal vez, desplazar por la fuerza y la violencia, pero que no es fácil destruir ni anular; pronto habían de percatarse, finalmente, en una amarga experiencia personal, de la codicia y el afán de poder de las fuerzas del mal, por ellos mismos desencadenadas. Y así, aquellos

hombres, aunque por el momento hubiesen limpiado la atmósfera de sus miasmas, concitaron sobre la humanidad inmensas desdichas y aún hoy, como demuestra el ejemplo de España, siguen causando males al estado.¹

La Historia, cátedra que vengo ocupando en esta universidad desde hace algunos años y de la que hoy tomo posesión en solemne acto, es estudio en el que se cifran innumerables virtudes y sobre todo, como hemos visto, una: la de abrir el camino a una política sana y certera, disipando las sombras y los engaños que, en estos tiempos en que vivimos, oscurecen y fascinan las mentes de los mejores hombres.

Hay quienes gustan de repetirnos hasta la saciedad que la época en que nos ha tocado vivir, por la excepcional pericia de las artes y las industrias, por la propagación de la cultura en todos sus aspectos entre las capas más profundas del pueblo, por la penetración y el sentido general de humanidad que la caracterizan, supera a todas las anteriores a tal punto que no puede tomar ejemplo de ellas, y menos sacar de ellas una ley o norma de conducta. El hombre considera, a veces, como un signo de grandeza no respetar en lo más mínimo a sus padres y antepasados. Otros, en cambio, aseguran que nuestra época es la peor de cuantas han existido, que carece de las virtudes de la piedad, la religión, la valentía y la justicia, y hasta exclaman jeremiáticamente que la magnitud y el sinnúmero de sus vicios y defectos hace desesperar de que sea posible corregirla. A los primeros sólo les satisface lo nuevo y lo inaudito, lo único que según ellos cuadra al carácter jamás visto de las circunstancias que hoy se viven; los segundos, por el contrario, sólo aprueban lo que aparece consagrado por el prestigio de la Antigüedad y procuran marchar, dentro de lo posible, siguiendo las huellas de los antepasados.

Pero la historia nos enseña que cada época tiene sus propios defectos y abriga su peculiar capacidad para la virtud, y al enseñarnos esto, nos enseña que no tenemos razones para dejarnos llevar de la desesperación ni para encastillarnos en el orgullo o en la soberbia. Y otra cosa aprendemos de ella, a saber: que a cada época, a la nuestra como a todas, le está trazada y señalada su propia misión, siendo deber de los hombres que en ella viven ayudarla a que la cumpla del mejor modo posible. Finalmente, la historia nos enseña que las cosas humanas no están regidas por un destino ciego e inexorable ni guiadas por ninguna clase de fantasmagorías, sino que son llevadas siempre a buen término por la virtud, la inteligencia y la sabiduría de los hombres. Esta es la ciencia que deben albergar en su espíritu quienes vienen a las aulas a aprenderla, la ciencia por cuyo camino nos ordenan marchar, de consuno, la patria, el ejemplo de la Antigüedad y de los nuevos tiempos y la misma naturaleza y necesidad de las cosas.

¹ Escrito en 1836 (Ed.)

HISTORIA Y FILOSOFÍA

Asistimos con frecuencia a una pugna que tiene como contendientes una filosofía poco meditada y la historia. Se parte de ideas apriorísticas para llegar o pretender llegar a conclusiones sobre lo que debiera ser. Se pretende descubrir esas ideas en la historia universal, sin percatarse de que se hallan expuestas a no pocas dudas. Y, en tal empeño, se entresaca de entre la muchedumbre infinita de hechos aquellos que parecen corroborar las ideas preconizadas.

Suele llamarse a esto filosofía de la historia. Una de las ideas continuamente manejadas por la filosofía de la historia como postulado irrecusable es la de que la humanidad marcha por un camino de progreso ininterrumpido, en un proceso constante de superación. Fichte, uno de los primeros filósofos entregados a esta tarea, admite cinco épocas en lo que él llama plan universal: en la primera, la razón tiende a imponerse por medio del instinto; en la segunda, domina por medio de la ley; en la tercera, la humanidad se libera por obra de la autoridad de la razón; en la cuarta, impera la razón convertida en ciencia; en la quinta, la razón es ya un arte. Dicho en otros términos: inocencia, pecado incipiente, consumación del pecado, justificación incipiente y justificación consumada; sobre poco más o menos, las mismas épocas que pueden observarse en la vida del hombre.

De ser cierto este esquema u otro por el estilo, la historia general tendría que seguir la línea de progreso que la humanidad sigue en la indicada dirección, de una época a otra: el historiador cumpliría su misión, desarrollando estos conceptos del modo como aparecen y se realizan en el mundo. Pero las cosas distan mucho de ser tal y cómo aparecen representadas aquí. En primer lugar, los propios filósofos discrepan extraordinariamente acerca del carácter y la selección de esas ideas al parecer imperantes. En segundo lugar, procuran cuerdamente fijarse tan sólo en algunos pueblos de la historia universal, considerando la vida de los demás como si no existiera o como si no fuese otra cosa que un simple aditamento. De otro modo, no podría ocultárseles ni por un instante que los pueblos del mundo, desde sus orígenes hasta el momento actual, han vivido y viven en las condiciones más diversas.

Hay, en efecto, dos caminos para llegar a conocer las cosas humanas: uno es el del conocimiento de lo concreto, otro el de la abstracción; uno es el camino de la filosofía, otro el de la historia. No caben otros, y la misma revelación engloba los dos caminos señalados: el de lo abstracto y el de la historia. Es, pues, necesario mantener separadas estas dos fuentes de conocimiento.

Pero, sentado esto, hay que decir también que yerran los historiadores que sólo ven en la historia una inmensa amalgama de hechos retenidos en la memoria, enlazados unos con otros y todos ellos engarzados en una moraleja general. A mí me parece que la historia, en el sentido perfecto de la palabra, puede y debe remontarse por caminos propios de la investigación y el examen de lo concreto

hasta una concepción general de lo acaecido, hasta el conocimiento de su trazado objetiva.

Son dos, a mi modo de ver, las condiciones que han de reunirse para que se dé el verdadero historiador. La primera el goce y la fruición de lo concreto como tal. Quien sienta verdadera simpatía por esta criatura multiforme que es el hombre y que es la humanidad, por este ser que es siempre el mismo y siempre otro, a la par bueno y malo, noble y bestial, refinado y tosco, preocupado de lo eterno y pendiente del instante, feliz y desdichado, contento con poco y lleno de grandes ambiciones: quien se sienta atraído por la realidad viva del hombre como tal, sentirá siempre una gran complacencia en ver cómo ha vivido esta criatura en todas y cada una de sus épocas, sin preocuparse para nada del progreso de las cosas; estudiará con concentrada atención las virtudes de que hace gala y los vicios que en él se manifiestan, su dicha y su infortunio, el desarrollo de su naturaleza bajo tantas y tan variadas condiciones, su intuición y sus costumbres, observará cuanto con él se relaciona, los reyes puestos al frente de sus gobiernos, la sucesión de acaecimientos y sucesos de sus naciones, la trayectoria de sus empresas más salientes; todo ello sin ningún fin ulterior, simplemente por la alegría que produce el contemplar la vida en sus realidades concretas, del mismo modo que nos recreamos en la contemplación de las flores sin pensar en la clase de Linneo o en el género o la especie de Oken en que puedan catalogarse, en una palabra, sin preocuparse de cómo se manifiesta el todo en el detalle de lo concreto.

Pero esto no basta. El historiador, y es esta la segunda condición a que aludíamos, tiene que levantar, además, la mirada a lo general. No cavilándolo de antemano como el filósofo, sino esforzándose porque a través del estudio del detalle se le revele la imagen del todo a que se ajuste la marcha del mundo. Pero, bien entendido que esta marcha de las cosas no guarda relación con los conceptos generales que hayan imperado en esta o la otra época, sino con algo completamente distinto.

No hay ni ha habido sobre la tierra ningún pueblo ajeno a todo contacto con otros. Se lo impide su naturaleza peculiar, y esta cualidad es la que manifiestan en la historia universal todos los pueblos y la que es necesario destacar en la historia general. Ahora bien, hay algunos pueblos que se destacan por sobre los otros de la tierra gracias a su poder y que ejercen por esta razón una influencia sobre los demás. De ellos principalmente irradian las transformaciones que el mundo experimenta para bien o para mal. Por tanto, la atención del historiador deberá enfocarse, no hacia los conceptos que parezcan imperar en algunos, sino hacia los pueblos mismos que representan un papel activo en la escena de la historia, hacia las influencias que ejercen los unos sobre los otros, hacia las luchas que entre sí sostienen, hacia la trayectoria que desarrollan dentro de estas relaciones pacíficas o guerreras.

Nada sería más falso que ver en las luchas de las potencias históricas, pura y simplemente, la acción de la fuerza brutal, que valdría tanto como no ver más

que su aspecto perecedero: jamás ha existido un estado sin una base espiritual y un contenido espiritual. El poder de por sí no es otra cosa que la forma de manifestarse un ente espiritual, un genio propio dotado de vida propia, que se ajusta a condiciones más o menos peculiares y que se crea su órbita propia de acción. Pues bien, la misión de la historia consiste en percibir, en observar esta vida, que no es posible señalar por medio de un concepto o de una palabra. El espíritu, tal como se manifiesta en el mundo, no tiene ese carácter conceptual: llena con su presencia todos los límites de su existencia y no hay en él nada casual, pues sus manifestaciones tienen su fundamento en todo.

A P E N D I C E